



Dib. AREUGER.—Madrid.

—¿Qué carácter tiene el personaje que usted representa, Margot?
—Se trata de una muchacha muy ligera.
—Y a lo que parece con mucho viento en la cabeza. Así únicamente se explica el barquito de vela en el peinado.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

8.—Charada.

—¿Por qué te han puesto ese *dos* cuarta?

—Porque siempre he andado dándole al *prima dos*.

—Pues *cuarta segunda terciá cuarta* quedas para siempre con el *todo*.

9.—De cuando Fernando VII gastaba paletó.

CONSONANTE
LITERATO CONTEMPORÁNEO
CONSONANTE

10.—En las orquestas.

I T R

11.—Versos.

|| INTERJECCIÓN ||

12.—El hombre del día.

Célebre general espñol
RIO ALEMAN UNO DE LOS LADOS



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

13.—Como se toman las medicinas.

I I
—
I I

14.—En algunas «señoras».

NECESIDAD NATURAL
1000 1000

15.—Un bandido algo antiguo.

Cafetín Cebo Mediodía

—¡Yo me divorcio; de martirio basta
—¿Tan grandes causas para hacerlo tienes?
—Las tengo, sí, que mi mujer no gasta
De la Casa de Presa los sostenes.

PRESA. Fuencarral, 72.

Teléfono 48-00 M.

BUEN HUMOR lo vende en México D. Nicolás Rueda en su nueva Librería de la calle 2.^a Victoria, núm. 33



CREMA
Polar

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.



*El aficionado al arte.—He comprado un Rembrandt.
El patriota.—Sí; pero los automóviles ingleses son
los mejores...*

(De London Mail, Londres.)

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS DE

LEVER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

PEQUEÑAS EUTRAPELIAS

LA CUENTA

(TRIGEDIA FILOSÓFICA)



El teatro representa el caos. Obscuridad completa en el escenario y en la sala.

ESCENA ÚNICA

Sale García, sobrino metafísico de Don Herógenes y opositor a cátedras y exclama: —¿Dónde estoy?

Una Voz.—En Valladolid.

García.—Acaban de decirme que en Calatayud.

Otra Voz.—Mienten los dos. Esta es La Higuera, provincia de Albacete. Almería, Avila, Canarias, Córdoba, Granada, Teruel, Segovia, por orden alfabético García;—Todo puede ser, si así os parece. Cada uno su localidad, digo, su verdad.

Las Voces (insistiendo tercamente cada una en lo suyo).—Estamos en Valladolid, estamos en Calatayud, estamos en La Higuera.

El sereno (apagado el farol).—¡Alto! ¿Qué escándalo es este? Todos detenidos.

García.—Cálmese, buen hombre.

El sereno (iracundo).—¿Cómo que buen hombre? Cuidadito con faltar a la autoridad. ¿Usted quien es?

García (guaseándose).—Yo soy Pirandello.

El sereno.—¿Pira qué?

García.—Pirandello, el admirador de Mussolini.

El sereno.—¡Ah! Si se trata de un admirador, eso es otra cosa.

García.—¿Usted también es del «fascio»?

El sereno.—¿Del qué?

García.—Del haz.

El sereno.—¡Ah! del haz; eso sí, ya ve usted que traigo un porción de llaves atadas al cinto. Del haz completamente.

García.—Como verse no se ve ni gota. Pero basta que

usted lo diga. Al buey por el asta y al hombre y a la mujer por la palabra. Si usted da su palabra de que así es, así debe ser, para usted.

El sereno.—Para mí y para el barrio, y para el excelentísimo Ayuntamiento. Palabra. Vamos a tomar unas copas.

La vendedora.—A perra chica la media grande.

La primera Voz.—¿Qué trae usted ahí?

La vendedora.—Piñones tostaos de Valladolid.

La primera Voz.—¿Lo ven ustedes como estamos en Valladolid?

La segunda Voz (probándolos).—

¡Qué van a ser piñones de Valladolid! A mí me parecen cacahués.

Otra Voz (ídem).—A mí, arvellanas.

Otra (ídem).—A mí, gajos de nueces.

Otra (ídem).—A mí me saben a almondiguillas de almidón achicadas.

La vendedora.—Les digo a ustedes que son piñones legítimos de Valladolid que se cogen en Francia. Así son de superiorísimos. Y basta de burlarse de una pobre reina venida a menos. Porque servidora, aquí donde ustedes me ven, soy Doña Juana La Loca que en paz descanse.

El sereno (que es chato, picado de viruelas y bizco).—No la hagan ustedes caso, que yo soy Don Felipe el Hermoso y no la conozco ni la he visto en mi vida.

Todas las Voces a una voz.—Los dos están locos de remate.

García.—No hagan ustedes juicios temerarios.

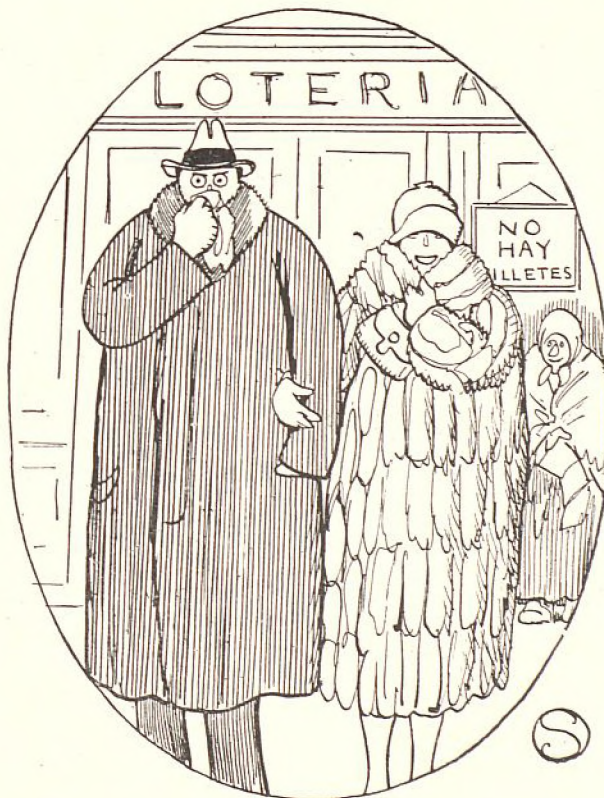
—¿Quién sabe? Sólo se sabe que no se sabe nada, como ya dijo Sócrates que era un sabio. Cada uno su realidad.

La piñonera (menos loca como vendedora que como reina).—Bueno: pues la realidad es que se han zampao ustedes el cesto y hay que pagar el gasto.

(Todos, menos el sereno, al oír esto, se evaporan como fantasmas sin dinero).

El sereno.—Puede ser que Sócrates que, a pesar de lo, debía de ser un caballero, pague la cuenta. (Vase, y al tropezar con Demócrito, que pasa riéndose las tripas por no haber comido piñones, se le enciende de pronto el farol, y al verse alumbrado excesivamente, resbala y se hunde por escotillón).

José DE LASERNA



Dib. SILENO.—Madrid.

¡QUE NO SEA VERDAD!

No sé, lector, si será cierto;
pero, respecto del carbón,
se rumorea una subida
que me ha llegado al corazón;

porque, no siendo un potentado,
nadie carbón podrá comprar

para el placer de calentarse
ni para el *vicio* de guisar.

Ya te estoy viendo, lector mío,
comer fiambres en montón,
y en vez de lomo con patatas,
queso, mojama y salchichón.

Los novios que antes se sentaban
junto al brasero con *afán*,
para el buen fin de calentarse,
¿de qué recurso se valdrán?

¡Buen postín van a darse ahora
ciertas personas, ¡voto al Cid!
como las monjas Carboneras,
tan conocidas en Madrid,

y el gran Moreno Carbonero
y el *Carboncillo* (diestro él)
y la Carbone actriz de fama
y el buen cantante Carbonel!...

«La Madrileña», por la *leña*
también me causa envidia a mí,
y San Francisco, por el *cisco*
que a todas horas lleva en sí.

Y menos mal que mis estufas
podré llenar con algo *ad hoc*.
¡Por algo guardo yo las obras
del combustible Paul de *Kock*!

Cuando el cok falte y a la lumbre
(porque lo enrede Belcebú)
haya que echar los trastos viejos,
no sé, lector, lo que harás tú;

yo, en mis hornillas, te aseguro
que no echaré mi piano Erard,
ni una vitrina que a mi abuela
le regaló Sara Bernard;

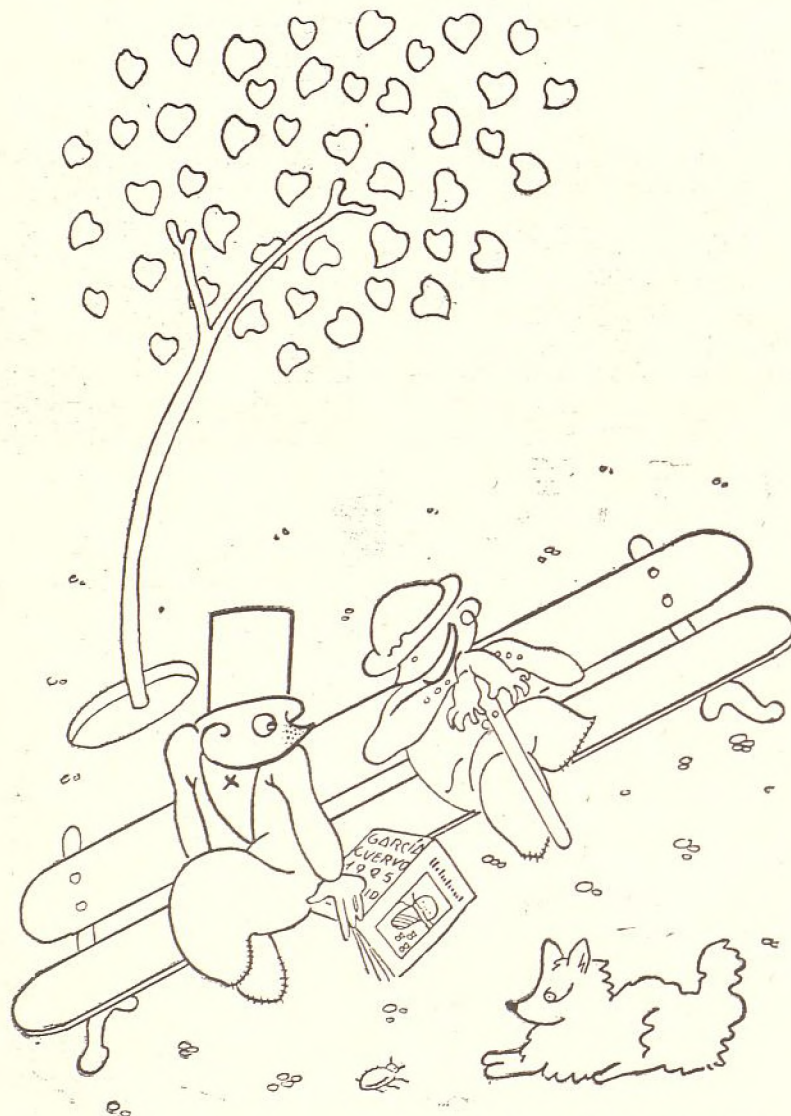
echaré a Blas, sobrino mío,
ya que es *zoquete de nación*,
mal estudiante y un *tarugo*
de los de doble suspensión.

¡Bueno está todo!... Hasta la frase
de que «al freír será el reír»
no se usará. ¿Cómo emplearla
si no hay carbón con que freír?...

Mas no te aflijas. Si han subido
desde el repollo hasta el salmón
y ya no puedes guisar nada,
¿para qué quieres el carbón?

De todos modos, esperemos
sin alarmarnos, pues quizás
ese rumor de la subida
sea un infundio nada más.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



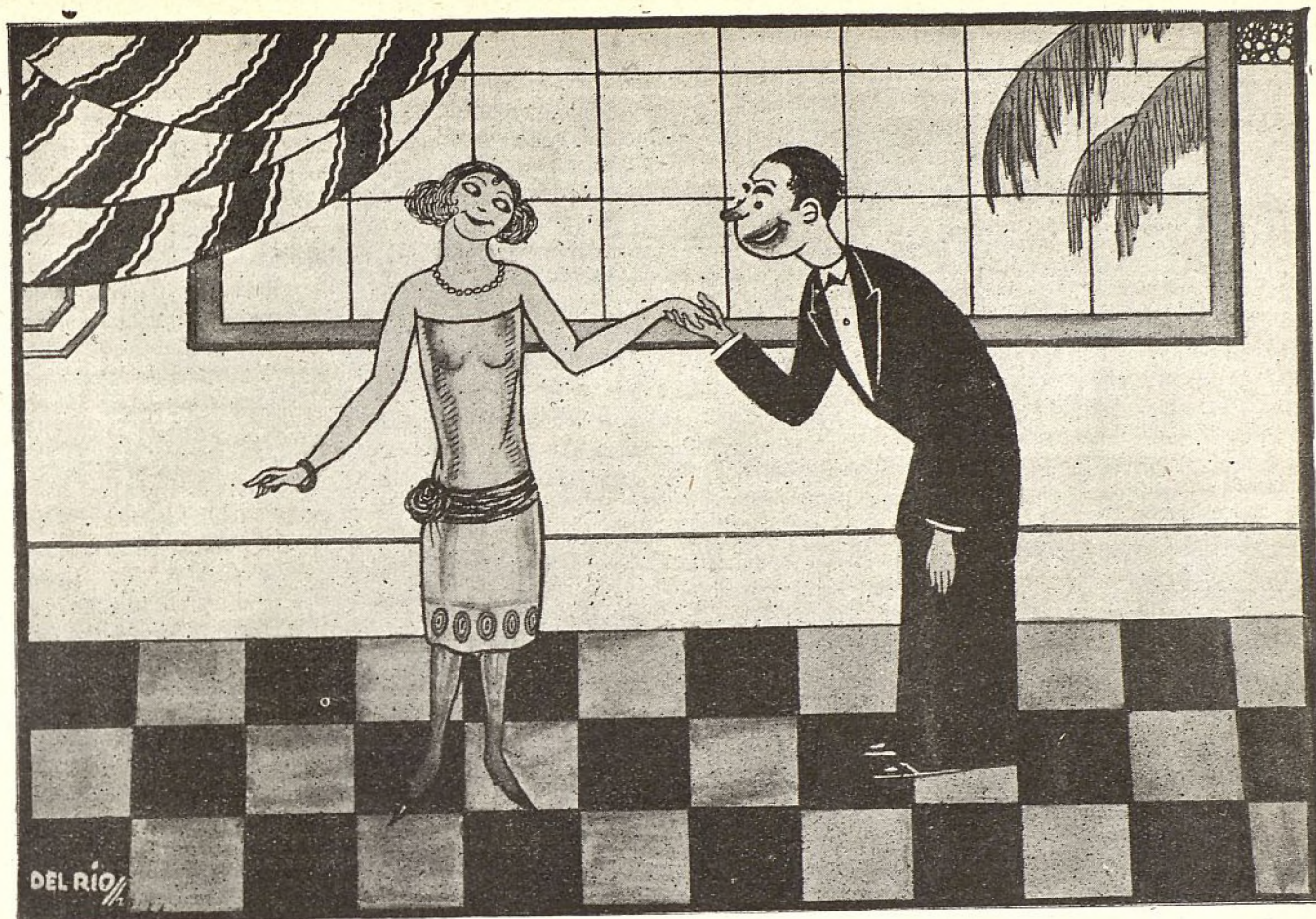
Dib. GARCÍA CUERVO.—La Arena.

—¡Para talento, mi hijo! ¡Si viera usted qué versos escribier!

—¡Bah! Seguramente tiene mucho más la mía...

—¿Pues qué hace?

—No escribirlos.



—Cada día más bonita Finita...
—Exagera usted Julito...
—¡Bueno; pues cada dos días!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

DIVAGACIONES FÁCILES

¡CÓMO ESTÁN ELLAS!

La otra tarde, sentados en torno del velador de una cervcería, varios respetables caballeros arreglaban el país devorando unás anchoas y unas patatas fritas. Todos ellos eran hombres serios, de esos que a veces ocultan con un poco de barriga su escualidez mental. Lo templado de la hora y aun el halago de la merienda en tertulia y al aire libre favorecía las expansiones de tan dignos ciudadanos. Los cuales, cada vez que acertaba a pasar por delante de ellos alguna mujer, ahuevaban libertinamente los ojos, y se reclamaban glotones, y hasta sofrenaban cierto esbozo de rebuzno con una forma de la hispana adoración que todos los hom-

bres sienten por todas las mujeres del país, cualesquiera que fuere su edad y su indumento.

Desfiló una señora opulenta, asomando las piernas hasta la rodilla, bajo unas faldas de nubi. Al verla, uno de los individuos de la reunión se puso rojo, se puso verde, se puso amarillo:

—¡Qué cosaza!— aulló—. ¿No les sonrojará a estas buenas ancianas ir tan llamativas? ¿A quién pueden interesar, por mucho que se descoten por abajo?

Los demás del grupo asintieron con un sordo resuello, sin que dejaran de mirar a la pizpiretilla abuela.

Después pasó en un auto una pareja

de mozas muy emperifolladas que iban fumando sendos cigarrillos orientales.

Otro de los congregados saltó de su asiento, trémulo de ira:

—¡Hay que ver! El día menos pensado usan pipa y gritan «¡Carape!» y «¡Voto a tall!»— como lobos marinos o sargentos de la Legión... ¿No les escandaliza a ustedes tanta desfachatez? ¿Quién ha dicho que es de buen tono que la mujer, toda delicadeza, apeste a tabacazo lo mismo que un mosquetero o un cargador del muelle?

Como ninguno de los de las patatas fritas había dicho que aquello fuera de buen tono, callaron aquiescentes, sin que dejaran de mirar a las damiselas

de labios bermellonescos y tufaradas carreteriles, damiselas que, allá para sus entresijos, alguno se permitió calificar de suculentas.

La charla se animó entonces bastante, y, salvo tal cual opinión aislada en contra, todos reconocieron que la mujer española, sin distinción de edades ni de categoría social, dista mucho de asemejarse a nuestras candorosas madres, tan discretas, tan púdicas, tan deliciosamente femeninas. Repercutieron terribles puñetazos sobre el velador, y hubo una nueva demanda de anchoas. El camarero, hombre natural de Lugo, muy sutil y simpático, les escuchaba silencioso, reservándose el regodeo de sonreír secretamente.

Siguieron desfilando mujeres. De pronto, una de ellas produjo otro oleaje de protesta en el clan. Talludita y repintada, con su hijo al lado, —un mozalbete de doce o trece años— lucía los cabellos cortos, al modo de un pajeillo del romancero o de una muñequita nipona. Aquello era intolerable.

—Pero ¿han visto ustedes? —rugió alguien—. Lo mismo les da a estas pobres cursis ser madres que solterizas, haber nacido el año de la Nana o llevar todavía los calostros en la boca. Para ellas no hay más dios que la moda, siénteles bien o mal. ¡En mi vida he visto más descaro!

—La culpa—, masculló otro de los caballeros barrigudos— la tienen las

madres, que consienten a sus hijas esas y otras osadías,

—Permítame— atajó un tercero—. —La culpa es exclusivamente de ellas.

—¡Alto, alto! —ordenó un nuevo dilettante del «bok»—; la culpa es de los maridos, de los novios, que amparan esas modas... Si yo fuese Presidente del Consejo un par de semanas nada más...

—Eso es cosa de los Gobernadores.

—Y de la prensa, que debía «arrear» de firme...

—¡Que sí, que sí!

—¡Ahí le duele! ¡Eso, eso!

Gran batahola. Agitación, vivas y mueras. El camarero, amparado en la confianza que con todos ellos le unía, juzgó oportuno terciar en el debate:

—Si me lo permiten—, —exclamó con aire suasorio— le diré que todos ustedes y ninguno tienen razón. Usted, señor Fulanito, es padre, y yo he visto a su hija—, que es por cierto, preciosa, y por muchos años— luciendo una especie de blusita larga que le rozaba las rodillas. Usted, señor Menganejo, tiene una novia muy juncal, y que yo lo vea por los siglos de los siglos, con unas melenitas cortas que quitan la respiración. Y usted, señor Zutánin, es periodista, y solo le gusta hablar, cosa que a mí me parece muy bien, de los toros, de los fuboles y de los somatenes... ¡Pobrecillas mujeres de mi alma! Entre todos las mataron, y ellas solitas se me murieron... Dispensen la franqueza, y díganme si van a tomarse otro doble, que han puesto barril recién nuevo.

Y con evangélica ramplonería, esperó. Los contertulios se miraron unos a otros, corridos y afásicos. Por un instante, la tierra toda de aquel barrio pareció a punto de estallar en una espantosa sacudida telúrica. Después, como impulsados por una misma idea, todos se pusieron en pie, consultaron su reloj, y huyeron sin despedirse. Y no han vuelto por la cervecería. El camarero, que es un alma de Dios, aprovecha todos los días un rato libre para pasarse por el domicilio de cada parroquiano, a ver si le abonan los centenares de cañas con que iban conllevando su indignación de todas las tardes.

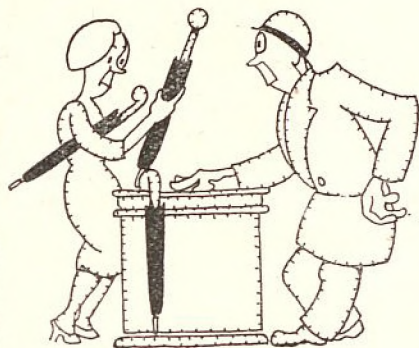
E. RAMIREZ ANGEL



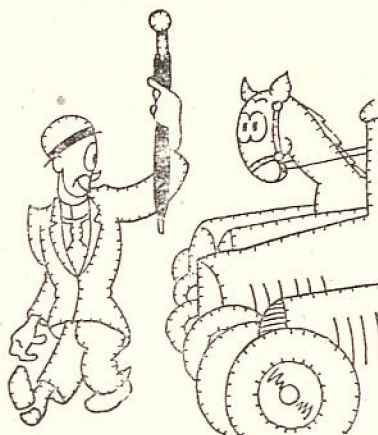
Dib. MBL.—Madrid.

—¡Qué lástima que no se restauren estas ruinas!...
—¡Ya, ya!... teniendo el restaurante al lado.

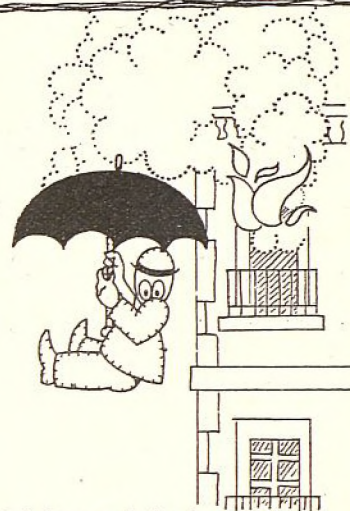
Castillo



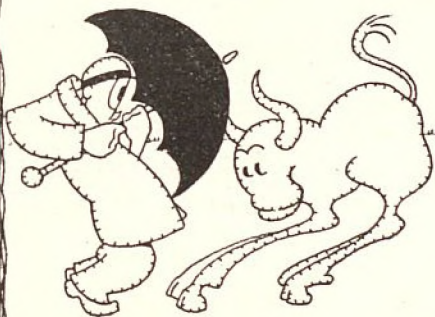
Desde que Efelviro tiene paraguas



Se sonríe del peligro de los autos..



del terror de los incendios



y de la acometividad de los toros.



Las inundaciones son para él un sport.. y la cuerda floja un paseo por el Prado



Los atracos le traen sin cuidado



Y los chaparrones, desde que tiene paraguas, se los echa Efelviro a las espaldas



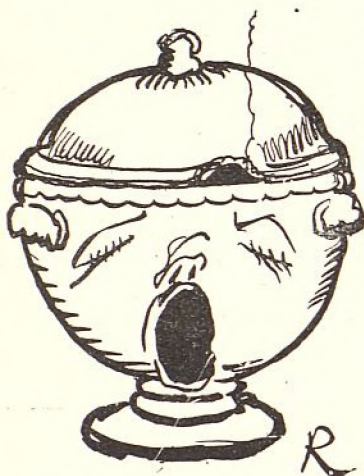
ELOGIO DEL PARAGUAS

(Historieta por Castillo.)

RAMONISMO

LOS GESTOS DE LA SOPERA

La sopera es de la vajilla la cabeza de familia y tiene una psicología franca, gestera, con alternativas del optimismo al pesimismo que la hacen muy humana.



Los observadores de la verdad de la vida al entrar en el comedor lo primero que miran es a la sopera, que transparenta su contento o su descontento, según.

—¿De qué es hoy la sopa?—pregunta uno por preguntar, pero la verdad es que sin llegar al detalle verdadero de lo que se compone, se sabe por la transparencia de la sopera si es buena o mala, si está sosa o salada, si que ma hasta no poderse resistir o quema sólo lo que es necesario para que el estómago se recaliente.

La sopera con sopa de pan tiene un gesto displicente como diciendo: «¡Estas familias de la clase media, qué aprovechadas son!»

Claro que entre la sopa de pan hay sus clases, pues las sopas de ajo son en medio de todo sopas de pan y la sopa «a la diablo» es también sopa de pan.

La sopera con sopa Juliana está como ensanchada y que no cabe en su pellejo, con tipo de verdadera Julianota. Sus pedacitos de jamón la dan rebondéz.

La sopera que contiene sopa de letras parece que está leyendo el periódico, preocupada, meditabunda, buscando el sentido de las letras cruza-

das, que es algo mucho más obsesivo que el de las palabras cruzadas.

Una de las confidencias que más pronto se reconocen en la sopera es si contiene puré de camarones.

El gesto de la sopera es entonces el de un señor que fuma un Aguila Imperial, aunque claro está que lo aventaja el que pone la sopera con el puré de cangrejos y que se diferencia del otro en lo que se diferencia el fumador de un Aguila del que fuma un Partagás de primera categoría.

La sopa a la Florentina da a la sopera cara estática, como si estuviese ante un cuadro de Botticelli.

La sopera con sopa de macarrones está un poco pálida y parece decir a los que se la van a comer «¡con qué grandes dificultades os la vais a topar!»

La sopera en que anida la sopa de tortuga, tiene un aire solemne de pecera ideal y suprema. «¡Contengo sopa de tortuga!»—parece pregonar—como el alcalde mayor de Londres pregona que es el alcalde mayor con su pelucón, su traje excepcional y su alto bastón.

«¿Qué tiene hoy la sopera que parece que tiene mal color, algo así como ictericia?», nos decimos. Al entrar en el comedor cometemos un acto de curiosidad que está penado por las leyes de la buena mesa, levantando la tapadera y viendo que la causa del color quebrado de la sopera es que tiene sopa amarilla de pescado.

Por el contrario, otro día nos sorprende el color de buena moza del pueblo de Manzano que tiene la sopera. Como eso no nos alarma, esperamos que la repartidora de ritual nos consagre dos cucharones llenos y entonces vemos que se trata de una exquisita sopa de pimentón que nos teñirá las mejillas como a cómicos de la mesa redonda en cuando hayamos comido.

—¿Qué tiene la sopera que está frenética y repulsiva, mujer?—preguntamos y se nos contesta brevemente: «¡Que tiene judías blancas!»

La sopera tiene un tipo flamenco, campechano, de mujer que no tiene celos y que ha pasado un buen día «¿qué tiene la sopera?» Pues «sopa de la buena, mujer», esa sopa que se hace poniendo manteca en una cacerola, echando un pedazo de tocino frito y cortado en pedacitos, un pollo y unos

cuadraditos de jamón. ¿Se comprende ya por qué tiene esa cara auténtica de buena mujer?

Simpática sopera, a veces con la tapadera a lo chulo cuando es sopa de almejas o de ajo arriero, a veces reconcentrada y como en oración cuando es sopa «capuchina» a veces bizca y babeante de gusto cuando es sopa nada menos que de codornices, a veces bostezante cuando es sopa de vaga sémola.

Siempre les encuentro un encanto en su gran variedad y da carácter a los días y tiene familiaridad consolatriz.

Sólo un gesto de la sopera me aflige y me comunica su grima y es el gesto cuaresmático que pone los días de vigilia, llorosa, con un par de pececitos rebullentes entre el caldo de espinacas, como agua de la fuente después de un temporal, como agua del Jordán de la vigilia. Su tapadera es birrete cardenalicio y el cucharón no es cucharón sino hisopo.

Sólo se reconforta a la sopera después de la larga temporada de las vigiliass, atizándole un buen chorizo o una reboronda morcilla que ha esta-



lado de feliz y rezuma negruras exquisitas, aires perfumados, bla. duras para el paladar.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

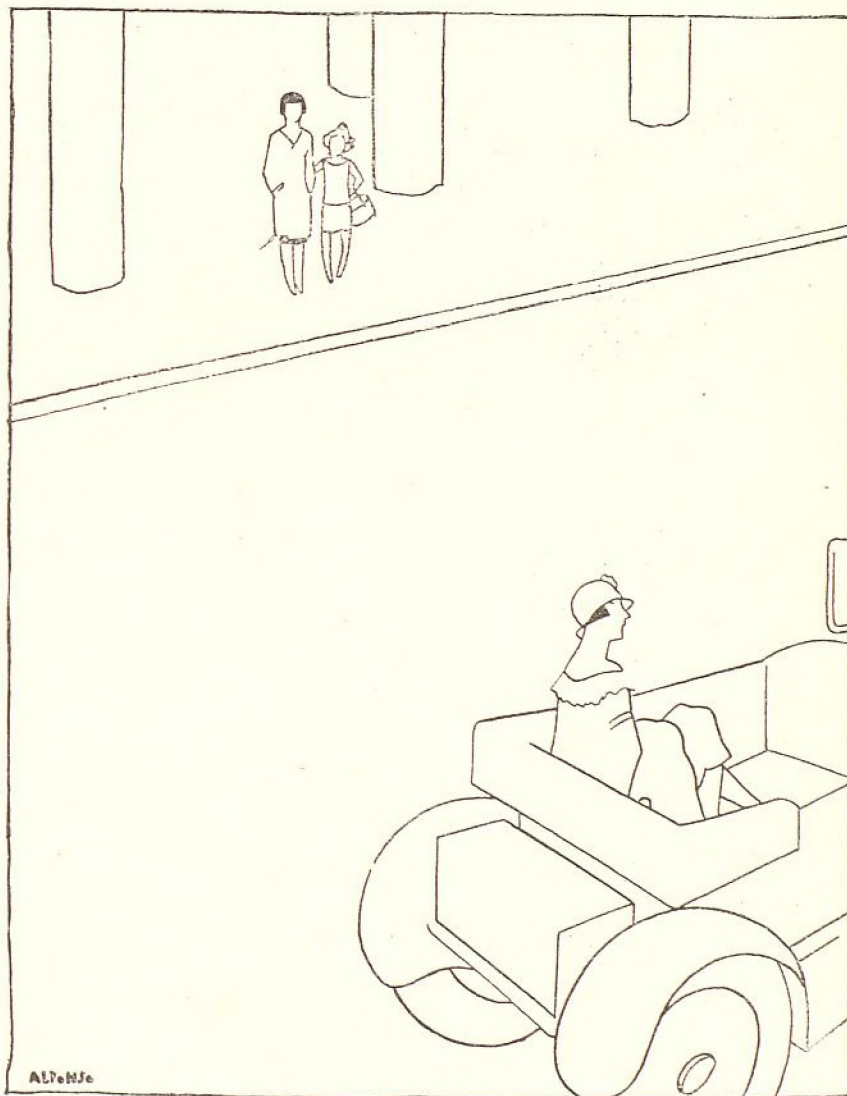
UNA DE TANTAS GUARRADAS...

El drama sangriento y lúgubre,
cuyo relato comienzo,
ha sucedido hace poco
en un indecente pueblo,
que debiera avergonzarse
de que en su recinto estrecho
ocurran cosas como esas
que deshonran al Progreso.
En la referida villa,
lugar de aspecto muy feo,
cuyo caserío mísero
se alza en la falda de un cerro,
es el negocio más pingüe
la cría y venta de cerdos,
que unos les llaman marranos,
otros guarros, otros puercos
y otros cochinos, sin que esas
frases de atroz menosprecio
hayan sonrojado nunca
a tan sabrosos sujetos,
que andan muy mal de amor propio,
como todos ya sabemos,
y que les importa un pito
la befa y el vilipendio.
Pues bien, un furcio de allí,
un descomunal paleto,
el más bestia del contorno
y el más animal del pueblo,
poseía cien marranos,
cebados hasta un extremo
que el *gordo* de Navidad
era a su lado un anémico.
El hombre estaba orgulloso
con su lote gorrinesco,
y en el lugar le llamaban,
con un profundo respeto:
unos, el rey de los guarros,
y otros, el «as» de los puercos;
frases de alabanza, ¡claro!,
que para mí no deseo.
Pero, no obstante el buen trato
que a los cochinos aquellos
les daba su amo y señor,
querían más los muy cerdos
y escapábanse a otras casas
buscando otros alimentos
más nuevos y más variados
que los que pagaba el dueño.
Y en estas escapatorias
y por estos merodeos,
surgió el drama espeluznante
que es objeto de este cuento:
Un cerdo entró cierto día
en una casa del pueblo
y se encaminó a una alcoba,
en la que en un casto lecho

dormía la hija segunda
del alcalde un dulce sueño;
y aunque ella no le dió pie,
el infame y traidor cerdo
creyó que se lo ofrecían
y se la comió el pie entero.
La chica dió atroces gritos,
y en su socorro acudieron
y a la pobre Margarita
(que así se llamaba) el médico
la acabó de fastidiar
amputándole el pie bueno.

¿Que por qué les he contado
este cochino suceso?
¡Pues sólo por un absurdo
que en su desarrollo veo:
y es que en el pueblo citado
no es prudente y es expuesto
volverse locos y echar
Margaritas a los puercos,
porque allí sí se las comen,
como demostrado dejo!...

SOTERO L. PEON.



Dib. ALFONSO.—Madrid.

—¿Qué estúpida! Desde que va de sombrero no salda...
—Es que se le ha subido el sombrero a la cabeza.

EL GONDOLERO MISTERIOSO

ROMANCE VENECIANO. PREMIADO EN
EL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL

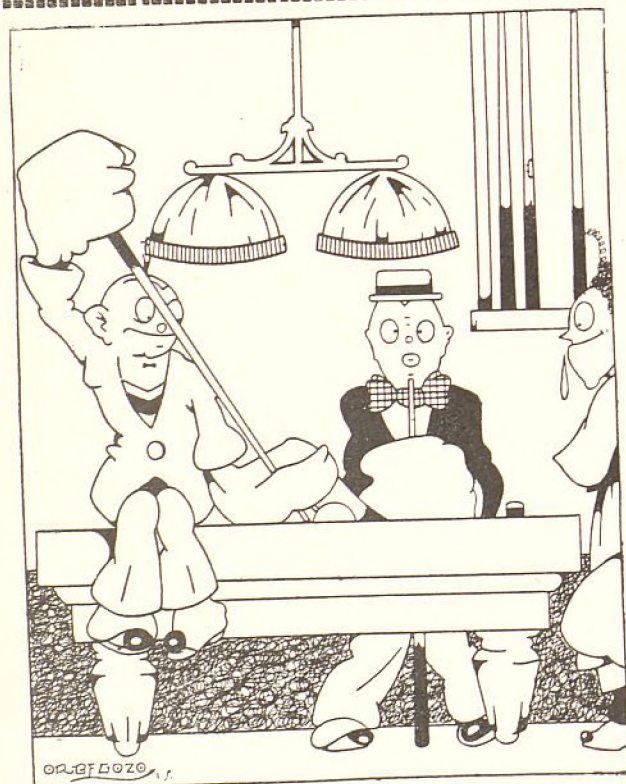
Es una noche tranquila,
es una noche serena;
las aguas de los canales
de la ciudad de Venecia
yacen calladas e inmóviles
y en sus hondas se refleja
como en un límpido espejo,
una hermosa luna llena,
una luna tan bonita,
una luna tan soberbia
que si la ve Pereantón
de fijo que se marea.

Las campanas de San Marcos
de vez en cuando resuenan
y su rumor se percibe
a cuarenta y cinco leguas
sin necesidad de lámparas
ni aparatos de galena.
Sólo ellas turban la calma
de la ciudad, y por ellas
puede saberse la hora
en que empieza esta tragedia
que va a dejar al lector
asombrado y majareta.
Oigan, pues, porque la cosa
es una cosa muy seria
como verán. Y atención,
que dice la Radio Ibérica.

Cerca del puente del Rialto
y a eso de las tres y media
de la mañana, una góndola
surca las aguas ligera
el siete de enero de
mil cuatrocientos noventa
Encaramado en la proa
y armado con una pértiga,
se alza un hombre misterioso
parecido a Casanellas,
el cual para no incitar
del que le vea sospechas,
entona en do sostenido
una linda canzoneta.
De tarde en tarde otras góndolas
se cruzan con la primera
y en su interior cobijados
y ebrios de Chianti, regresan
sus dueños de algún palacio
donde han estado de juerga
hasta que, curdas perdidos,
rodaron bajo las mesas
como rueda en Montecarlo
la diabólica ruleta.

Subido siempre en la proa,
sin abandonar la pértiga,
aquel hombre misterioso
que en la góndola navega,
con aire horrible y siniestro
el paso del puente acecha,

y sus labios florentinos—
porque el hombre es de Florencia—
se pliegan con aire y odio,
con rabia y furia supremas
y de vez en cuando dicen
la palabra: ¡Maledetta!
con extraña entonación,
entre grave y circunfleja.
¿Quién es ese hombre? ¿Por qué
sufre en forma tan intensa?
¿Por qué murmura su boca
la palabra *maledetta*
que quiere decir *maldita*
aquí, en Castilla la Nueva?
¿Y por qué el puente del Rialto
sobre la góndola acecha
sin tener miedo al reuma
ni a constipado siquiera?
¿Por qué le tiemblan los labios?
¿Por qué le tiemblan las piernas?
¿Por qué cada dos minutos,
lleno de enorme impaciencia,
va consultando las horas
en su reloj de pulsera?
¿Por qué no se va a su casa
y, una vez allí, se acuesta
y duerme ten ricamente
como haría otro cualquiera,
y no que está haciendo el indio
por las calles de Venecia?
O, ya que el hombre decide
complicarse la existencia,
acechando en una góndola
a eso de las tres y media
del siete de enero de
mil cuatrocientos noventa,
¿por qué no deja la barca?
¿Por qué no suelta la pértiga?
¿Por qué no se lía a tiros
con el primero que venga
y asesina a medio mundo
y arma un cisco que estremezca?



Dib.
ORBEGOZO
Madrid.

EL JUGADOR.—
¡Van seis!
EL MOZO.—¡Y siete...
en el pañol...

Eso se dirá el lector
y yo juro por mi abuela
que lo mismo digo yo.
Porque es que no hay quien comprenda
la actitud de ese sujeto
que, apoyado en una pértiga,
el paso al puente del Rialto
lleno de impaciencia acecha.
Y añadido que si no diese
la casualidad funesta
de que jamás en mi vida
he visitado Venecia,
y que si no fuese porque
no tengo noticias ciertas
de qué le ocurrió a aquel tío
que se apoyaba en la pértiga,
yo contaría al lector
una terrible tragedia.
De modo que lo deplora,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. Tono.—Madrid.

—¡No se puede prestar ningún libro! ¡Por haberle dejado éste al imbécil de Martínez me lo devuelve vuelto del revés!

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS

En La Princesa, "La Condesa María".

Juan Ignacio Luca de Tena tuvo, en la noche de inauguración del teatro de la Princesa un éxito rotundo y entusiasta con el estreno de su obra *La Condesa María*. Y lo peor del caso es que la obra justifica el éxito. La obra está bien. Aunque no queramos está bien y hasta mejor que muchas de las obras que suelen lograr resonancia y trimestres y prestigios.

Esta es la verdad... ¡Ya ven: no hay justicia en la tierra! Lo justo, lo equitativo y compensador sería que Juan Ignacio escribiera mal y «se la ganara» en el teatro.

Sí. Juan Ignacio Luca de Tena es uno de los hombres que han nacido más de pie. Conocemos algunos otros casos de literatos con suerte desde que nacen. Los Baroja, por ejemplo, vinieron a la vida, no con un panecillo debajo del brazo sino con toda una panadería, y de Viena. Pero caso de privilegio como el de Juan Ignacio, ninguno. Como ese, ninguno. Para él las primeras letras, en vez de ser, como para todos, un tormento, eran, por el contrario, una tranquilidad. Tú no te apures—le debieron decir los maestros—; aunque no aprendas a leer, no te hace falta: Con el *ABC* tienes bastante... Y era verdad: ya, desde la cuna, tenía las letras suficientes para no necesitar más: eran unas letras que llaman de cambio pero que no se cambian por las otras; unas letras para la sopa, pero ¡para qué sopa! sopa boba, y sustanciosa y refrigerante y vitalicia... Nada de inquietudes: nada de zozobras; todo—incluso el *Blanco y Negro*—de color de rosa.

Y por si esto fuera poco, por si acaso el niño pudiera sentir, pese a todo, cualquier desasosiego ¡una fábrica de azahar, nada menos que toda una fábrica a su disposición, especialidad de la casa! Es decir, que mientras los demás nos hacemos polvo los nervios teniendo que pensar en el cocido, y en cruzar las calles a pie y en asistir a los estrenos, tenemos que aguantarnos con el azahar más económico que nos da el boticario o con el otro, menos económico—el azahar de la boda—, que es una señal de inocencia, y que en vez de curar los nervios los ataca a la corta o a la larga; cuando nosotros tenemos que contentarnos con el azahar que buenamente cae; él, que no tiene que pensar en que le encarguen

artículos sino en encargárselos al prójimo; él que no tiene que pensar en cruzar las calles a pie, porque va en coche, dispone, por si acaso algo le altera, de un azahar fabricado en casa, especial y elegido.

Este hombre, por si todo eso fuera poco, es persona esbelta, de buena figura, de rostro agraciado y expresión abierta, morenito sin exageración y con el bigote suficiente: los requisitos necesarios para que le repartan—en las comedias de aficionados que hace con frecuencia—los papeles de galán y pueda así, con eso, estar seguro de que hace soñar por un momento, recitando primores galantescos de los Quintero, Martínez Sierra y Benavente, a todas las niñas bien y requetebien del barrio de Salamanca y alrededores.

¿Quieren ustedes más? Pues ¡hay más! Entró en quintas Juan Ignacio y ¡le hicieron húsar de Pavía! ¡¡El colmo!! ¡El colmo de la buena suerte! Pudo ir por la calle de Alcalá, en plena salida de misa, vestido de gala, con chaquetilla, dormán, botas altas, morrión y cartuchera; con oro y azul y colorado; con pompón y plumero; con espada y galones y botones y un resplandor tal, a pleno sol madrileño, que las jóvenes, al salir de la iglesia y encontrarse con Juan Ignacio, se creían que el Arcángel San Gabriel o el lugar teniente de Santiago, había bajado del altar para pasear la calle.

Un hombre que emplea esas armas es intolerable. No hay con él competencia posible. Si nosotros nos hubiéramos vestido así, de gala, para hacer de galán, y nos hubiéramos puesto una espada para hacer ruido en la acera y avisar de ese modo a la novia, nos hubieran formado sumaria. En cambio, él... ¡tan campante!

Por eso nos regocijamos todos cuando supimos que se dedicaba al teatro. ¡Allí no habría tu tía... ni tu padre! Allí se le patearía y ¡Santas Pascuas! Si la obra no gustaba, duro con ella ¡y se acabó! Si la obra gustaba, duro con ella también, porque sería mala desde luego; una de tantas obras como pasan y que no se hubiera estrenado de no ser el autor hijo de su padre. En el teatro no faltaría jamás donde agarrarse.

Pero si ahora resultara que sirve, si Juan Ignacio sirve para tener éxitos serios, sin torcuatamientos que valga, ¡caramba, eso ya es fuerte! ¡eso ya pasa de la marca! Nosotros teníamos la esperanza de escribir alguna

comedia que estuviera medianeja, hachernos los amos con ella y poderle decir a Juan Ignacio: «Tú te llevarás el *ABC*, pero la *Z* y la *X* y la *Y* me las llevo yo, de damas... Si ahora resulta que la *X* y la *Y* y la *Z* se nos van con Juan Ignacio para que les haga personajes... y también se nos come las damas ¿qué nos queda? ¡La igualdad es un mito, amigo Prócuro!

Y esto es un hecho: es un hecho. La otra noche ganó Juan Ignacio en la Princesa más entorchados que si hubiera seguido de húsar.

Y se dió el gusto de ver que le representaban la comedia no sólo unos ilustres comediantes, dueños de un opulento caudal de gloria escénica, sino sus legítimos y directos herederos.

En La Comedia,
Berta Singerman

Berta Singerman, recitadora argentina ha conseguido el éxito asombroso de llenar varias tardes el Teatro de la Comedia. Asombroso del todo. El espectáculo no puede estar más desprovisto de acicates frívolos y ajenos a la emoción pura de unos versos y de una mujer que los dice, que los canta. Unas cortinas lisas, una escena desnuda, y una mujer vestida, pero vestida sobriamente, con elegancia discreta. Y ¡a decir versos! Nada más. Y nosotros... ¡a oírlos! Nada menos... Y así tres horas, frente a frente, a ver quien se cansa antes. Y resulta que no se cansan ni ella—¡asombroso!—ni el público—¡increíble!

Cualquiera que se fie de la experiencia y se acuerde de que aquí no hay quien compre un libro de versos ni a tiros, creará inverosímil el hecho de que hayan asistido a centenares las personas al Teatro de la Comedia para escuchar, entusiasmadas, los versos de esos mismos poetas a quienes todos dejaron y dejan, los demás días del año, morir de hambre.

Y sin embargo, así ha sido.

¿Por qué? Por varias razones, acaso. Porque gastándose cinco o diez pesetas en oír a Berta Singerman pueden conocer de una vez a varios poetas que, comprados por separado, uno a uno, formarían entre todos una factura excesiva, tratándose como se trataría en este caso de gastos superfluos. Porque, además, leyendo los libros de los poetas, no se sabe cuáles son las poesías que deben gustar, mientras

que yendo a oír a Berta Singerman, se enteran de las composiciones que son más famosas y se ahorran la lectura de las demás.

Hay varias razones de este tipo que acaso pudieran explicar, parte, al menos, del fenómeno. Pero en el fondo no es por eso. En el fondo es que leyendo no se enteran. Muchas de las personas que asisten a fiestas de esta índole saben leer, sí, pero no saben del todo, lo que se dice del todo, enterándose. No

según dicen que les pasa a los que no suelen pensar en cosa alguna. Oyendo ya es distinto: pueden no enterarse también o se les puede ir también el pensamiento a todas esas «otras cosas», pero siempre queda la música la persona que recita, el espectáculo y demás.

En el caso particular de Berta Singerman, tienen razón esas personas. Es, por sí solo, un espectáculo. La voz, su voz y el modo de emplearla es algo

realmente y que nos parezcan pasables los que son bastante malos... ¿Qué más da?... Es ella... Es ella... El espectáculo es ella. La poesía, los poetas... un pretexto... La poesía es ella. Poesía eres tú, Berta Singerman.

¡Lástima que de esta poesía no se pueda hacer, como se hace de la otra de la escrita, una edición de varios ejemplares!...

—Edición de bibliófilo, señor: ejem-



SRA. BERTA SINGERMAN

piensan en lo que leen. «Yo, cuando no hablo, no pienso» dicen que decía Gambetta. No lo crean en lo que se refiere a Gambetta. Gambetta es —como ustedes saben— un personaje histórico; no hay, pues, que hacer caso de las cosas que le achacan. Si dicen que dijo eso, de seguro que es mentira y no dijo tal cosa. Pero aunque no lo dijera él, muchos lo hacen. Si no hablan o no les hablan, se duermen o caen en el Nirvana del bostezo. Por eso no pueden leer, porque se les va el santo al cielo, se distraen sin distraerse, y «se ponen a pensar en otra cosa»

que vale cualquier cosa; su figura y sus actitudes son algo que valen, no cualquier cosa, sino alguna cosa importante; y la manera de jugar los brazos vale... ¡Oh, que prodigio!... —vale lo que no hay.

¡Qué difícil mantener los brazos abiertos y jugarlos, en aspa, lentamente, sin que se descompongan, ni por un momento, la figura y la armonía de transición entre una actitud y otra. ¡Qué ritmo! ¡qué danza lenta!

Poco importan los versos; poco que los mejores pierdan casi siempre y nos parezcan menos buenos de lo que son

plurúnico— nos dice el cruel librero.

¡Lástima que siquiera, siquiera, no pueda emplear la fórmula corriente!

—Es una edición especial, por subscripción, y está muy solicitada; pero he podido reservar a usted un ejemplar. ¿Lo quiere?

—¡Por supuesto!

—¿Se lo mando a casa?

—No, no... Me lo llevo yo ahora mismo.

—¿Se lo envuelvo?

—No, tampoco: voy a irlo hojeando en el tranvía...

MANUEL ABRIL

EL TALENTO

DE LA



CIERVA



NOVELA CIENTÍFICA PARA NIÑOS Y ANCIANOS

CAPÍTULO II

La Cierva, émulo de Ptolomeo.

Como les supongo a ustedes dotados de una magnífica memoria, no repetiré aquí lo que ya quedó cómodamente sentado en el número anterior, y que se refería a la forma rarísima e incoherente en que nació el protagonista de esta estúpida novela. Ahora bien, como cometé la ligereza de dejarlo de la mano apenas nacido, subsano hoy esta infamia y procedo a hacer lo que no debe dejar de hacerse con las criaturitas recién venidas al mundo en contra de su voluntad, que es como vienen casi todas. Y lo que debe hacerse con el que nace, es bautizarlo inmediatamente, reconocido lo cual es preciso que bauticemos a La Cierva para seguir adelante sin ningún remordimiento.

Respetuoso, pues, con mi misión novelística, diré que La Cierva fué bautizado en Valdepeñas el mismo día y a la misma hora en que eran bautizados quinientos pellejos de vino para expedirlos con destino a Madrid.

A la semana escasa, Mamertito (en compañía de sus padres y de un ama de cría valdepeñera, que tenía muy mal vino pero muy buena leche) siguió el mismo camino que los pellejos y, al llegar a los madriles, pudo decir, haciendo el primer chiste de su vida, que vino de Valdepeñas, aunque no lo dijo por varias razones: la primera porque ningún niño de un mes sabe hablar el castellano... Las otras razones me las callo, pues si se calla el chico, no voy a ser yo más que él, importándome menos el asunto. Y fíjense ustedes en que yo soy el único hombre del mundo a quien no le hace hablar más de la cuenta un chico de Valdepeñas...

Debo apuntar, sin embargo, el detalle interesante de que si bien el niño

aquel no sabía hablar, empezó a denotar inmediatamente un talento exageradísimo y una bárbara afición a la ciencia, y la prueba más decisiva de esto la dió al quinto día de ponerle en ama, cuyo día quiso mamar en un mapa-mundi que había en la pared, mientras buscaba con sus manecitas la línea del Ecuador y el Polo Norte en el pecho de la virginal nodriza, confusión disculpable dado el parecido asombroso que había entre el mapa-mundi y lo que podríamos llamar (sin faltar a la Gramática y a la Lógica) mama-mundi..., porque a ver si hay quien niega que en el pecho de un ama con buenos informes y leche fresca puede mamar todo el mundo, siempre que lo pague como es natural.

Pero, bueno, el caso es que el padre de La Cierva, entusiasmado por aquel ligero indicio de predisposición científica del crío, se acordó de los primitivos astrónomos que habían empezado lo mismo que el diminuto Mamerto (1).

Y, loco de gusto, dijo a su mujer:

—¡Nuestro hijo será un Ptolomeo!

—¡Un *Tolomeo* ya lo es, señorito! —repuso el ama, que en aquel momento miraba los pañales, sospechosamente húmedos, del genial mamífero bípedo, y esto lo digo sin propósito de ofender a la criatura.

Y desde tal instante, La Cierva quedó reconocido como un futuro astro de la astronomía, o como un astro de la astro, según decía su papá para abreviar.

De esta manera suelen descubrir muchos padres las vocaciones de sus vástagos... ¿El niño llora mucho? ¡Pues es que va para actor trágico y puede llegar a ser un Zacconil!... ¿Se ríe desafortadamente? ¡Es indicadísimo

que acabará en actor cómico y será un Gallego!... ¿No duerme de noche? ¡Entonces no será Gallego pero será sereno, cosa un poco desusada en las costumbres de Madrid, donde los serenos suelen ser lo otro también!... ¿El rorro palmorea sin ton ni son? ¡Va derecho para jefe de *claque*!... ¿Tiene horror a las moscas? ¡Acabará siendo un cazador tremebundo!... Y, en fin, ¿la criatura es niña y tiene afición a fregar platos y tendencia a no peinarse? ¡Pues su destino futuro no ofrece duda: será cupletista y estrenará lindas canciones de Alvaro Retana!...

Por este sencillo procedimiento, Mamerto La Cierva y Borreguillo se encontró con que su destino fatal era la Astronomía, aunque él seguramente hubiera deseado mejor un destino de doce mil reales, pero por desgracia no había vacante y tuvo que conformarse con seguir el camino que le habían trazado.

Y como verá el lector curioso, y hasta el lector desaseado, en ese camino se perdió La Cierva, quizás por no tener una gufa.

Y al que le falta una gufa, le suele ocurrir una de estas dos cosas: o que se pierde o que no puede atusarse el bigote, cosas ambas singularmente molestas y desgarradoras...

CAPÍTULO III

La Cierva va a la escuela a los cuarenta años.

Al leer el titulejo del capítulo que voy a tener el sabroso gusto de comenzar, es seguro que habrán dicho mis admiradores:

¿La Cierva va a la escuela a los cuarenta años?... ¡Hombre, nos parece un poco retrasado eso de empezar a dar la cartilla y a escribir palotes de los

(1) Léase la obra de Grand Huassón: *Infancia de Ptolomeo y primeros pasos de los astrónomos griegos, romanos y vizcaínos*.

cuarenta para arriba, edad en que si ya no es conveniente mojarse la barriga, tampoco es higiénico calentarse la cabeza!...

Bueno, pues si mis lectores han dicho eso, han hecho mal en decirlo sin enterarse primero de por qué decía yo lo otro... Mamerto fué a la escuela a esa edad, es cierto; pero no como alumno primario o como párvulo aplicadito, sino como maestro, lo cual no es lo mismo... Es decir, que La Cierva y Borreguillo vuelve a aparecer, ante los ojos atónitos de los que me están leyendo, convertido en maestro de escuela en Cienpozuolos.

¡Cuántas desgracias y cuán terribles golpes hubo de soportar valientemente antes de decidirse a ir a la escuela, a ganar cinco *beatas* diarias que le da-

ban en el pueblo y que no le daban ni para poder vestir medio decorosamente!... ¿Cómo iba a arreglarse él con cinco *beatas* y des-udo?... ¡Porque aquel heroico maestro llegó a tener tales deterioros en la indumentaria y tales siete en los pantalones que, además de enseñar a sus alumnos la Gramática, la Aritmética, la Geografía y la Historia, les enseñaba los calzoncillos a todas horas y hasta tal punto que los niños se los sabían de memoria mucho mejor que las otras lecciones!...

Y, sin embargo, el carguito aquel de maestro fué para nuestro héroe un alto consolador, un descanso delicioso en su azarosa existencia, y al decir que fué un alto y descanso no es que yo trate de tomarle de quinto. ¡Eso ya lo había hecho con él la implacable ad-

versidad; y yo, que soy una persona decente, no iba a cometer el inundo delito de añadir más leña al fuego!...

Mamerto había sido feliz mientras vivieron sus señores padres. Entonces, no diremos que en su casa se apaleaba la plata, pero, en fin, se la trataba con bastante dureza... Ahora bien, al fallecer su papá, el trato dejó de ser duro... Y al fallecer su mamá, ni duro ni medio duro ni setenta y cinco céntimos de peseta... Y se hizo precisa e inalienable la obligación de trabajar y tuvo que arrimar el hombro el hombre; o el hombre el hombre, como a ustedes les parezca más gramatical y sonoro.

El mórbido La Cierva había cursado la carrera de veterinario, y esto no significaba que su padre hubiese abando-



Dib. SAMA.—Madrid.

CUANDO LAS FALDAS LARGAS

- Manolo: ¿quieres que bailemos en aquel rincón?
- ¿Para qué?
- Es que es el único sitio del salón que nos queda por barrer.

nado la idea de que el niño llegara a ser un astrónomo tremebundo, sino que La Cierva (padre) calculó que la Veterinaria era un estudio complementario de la Astronomía... Debemos confesar que tenía razón, efectivamente, porque un veterinario puede estudiar a fondo, mejor que un profano, a La Osa Mayor, a las Siete Cabrillas, a los dos *piscis*, a los *cuernos* de la luna y a los *rabos* de los cometas. .

Y, por fortuna, el oficio desagradable de curar enfermedades de animales le sirvió a Mamerto para poder vivir los primeros años de su orfandad, a pesar de lo cual un día, aciago para él,

renegó de la Veterinaria con mayúscula, tal vez por la costumbre adquirida de renegar todos los días de la veterinaria con minúscula. La Veterinaria con mayúscula era la carrera y la veterinaria con minúscula era su esposa, conviene que conste esto para evitar confusiones.

El caso es que renegó de las dos y que la causa de renegar de la más importante, que era la carrera, fué una cantidad respetable de disgustos con sus *enfermos*, de cuya educación descuidadísima, así como de sus nada finos modales, estaba ya bastante harto.

Y, previos unos cuantos meses de

estudiar ciertos misteriosos libracos, y de alimentarse nada más que con pastas (con pastas de otros libros, para qué vamos a hablar) surgió de nuevo La Cierva a la vida activa convertido en callista.

A costa de muchos sacrificios pudo alquilar un piso bajo, que no sé por qué le llamo bajo cuando costaba cuarenta duros, e instaló en él su consulta para los que padecían de callos y ojos de gallo.

En la puerta puso una muestra incongruente que decía:

NO MAS CALLOS
NI OJOS DE GALLO
NO ANDÉIS CON CALLOS
NO ANDÉIS CON OJOS,
PERO ANDAD CON OJO
CONSULTA DEL DOCTOR LA CIERVA
PRECIOS: A PESETA EL PIE

Toda la gente que leía la susodicha muestra, decía lo mismo:

—¡¡Qué caro!!..

Y pasaba de largo.

La razón era sencilla: al lado había un solar en venta, y el cartel que anunciaba el negocio decía: «a cincuenta céntimos cada pie»... Y, claro, los transeúntes comparaban, en perjuicio del pobre callista novato.

El asunto callicida fué, por tanto, de mal en peor y, en resumen, aquello acabó un día como el popular rosario de nuestra simpática amiga Aurora...

Un cliente muy bruto cayó como alondra cazada con espejuelo en manos del desventurado Mamerto, que le dijo muy fino:

—¡A los pies de usted!...

Y, en vez de cortarle un callo, le cortó un dedo y la yema del otro.

El cliente, enfurecido, requirió un garrote, que era una reproducción exacta del obelisco del Dos de Mayo después de tomar el chocolate de López, y lo descargó sobre el cráneo de La Cierva, diciéndole a modo de parodia:

—¡¡A la cabeza de usted, so morral!!...

Mamerto vió las estrellas...

Y convenciónse entonces plenamente de que había nacido para astrónomo...
(Se continuará, en vista del interés que está tomando esta narración.)

ERNESTO POLO



ASPIRACIONES

—¿Cuando nos casemos me pondrás dos criadas?
—Sí, hija: tendrás veinte, si quieres... pero, una después de otra.

Dib. Gori.—Madrid.



Dib. VIGIL ESCALERA.—Madrid.

—Te juro que eres mi primera novia.
—¿Y entonces, Tulita?
—¡Esa, esa ha sido la última!

HUMORADAS

¡YO ME HUBIERA BATIDO!...

Un señor, abriendo la puerta de mi alcoba.

—¿Don Fulano de tal?

Yo realizando un esfuerzo para despertarme.

—¿Quién es usted?

El otro, insistiendo:

—Pero usted ¿es don Fulano?

—Sí, señor, ¡caray! ¿Quién le ha dejado entrar?

—La criada.

—¡La mato!

—¡Caballero!

—No, no; eso *va* por la doméstica. Siéntese usted ya que está dentro. Acababa de dormirme y su llegada...

—¿Le molesta?

—Sí, señor.

—Gracias.

—Pero siéntese.

—Yo comprendo, don Fulano —dice comenzando un nuevo relato el asalta-

dor de mi dormitorio— que he sido brusco, que soy oneroso... sí, lo comprendo —añade intentando atajarme e impedir que hable—. pero me trae un asunto muy delicado. Usted, ¿es el autor de este suelto? —prosigue enseñándome un recorte de la revista que dirijo, redacto, confecciono, doblo y casi reparo.

—Sí, señor. Yo lo escribí.

—Pues, bien; don Mengar.o se con-

sidera ofendido por cuanto aquí se dice respecto a él y me envía para exigirle a usted una rectificación.

—¿Quién tiene que rectificar?

—Usted.

—¿Yo?... —Vacilo entre la risa y la indignación. Continúo: —Mire usted, vaya a enterarle a don Mengano de que no rectifico y de que no le oigo a usted más tiempo, y perdone que lo eche, porque me caigo de sueño.

—Es que este suelto necesita una rectificación.

—Pues que rectifique él.

—Mire usted que...

Me tiendo en la cama, me arropo bien y me duermo sin preocuparme del insólito emisario.

Al día siguiente —¡como yo me acostó a las seis de la mañana!— cierro el libro que leo, cuando dan con la palma de la mano y ruidosamente en la puerta de mi alcoba.

—Señorito...

—¿Qué pasa?

—El de ayer...

—¿Cómo el de ayer?

—Ese, el que vino ayer a estas horas...

—¡Ah! El de la rectificación— y hago un gesto semejante a: ¡«que me deje en paz!»

—¿Qué le digo?

—Dile que se vaya y no sea pelmazo.

Un silencio.

—Señorito... —A voces desde el pasillo.

—¿Qué sucede?

—Que dice que no se va, que *tié* que

hablar con usted de una *custión* honrada.

—Dile que aquí todos somos muy honrados.

Oigo la voz del visitante odioso.

—Don Fulano; es indispensable que hablemos.

—¡Pues pase ya!...

El otro, entra.

—Muy buenas...

—Abrevie usted que ahora termino de acostarme.

—No se lo aconsejo a usted para la salud...

Yo, meditando el asesinato.

—Acabe pronto; ¿qué desea?

—Don Mengano exige de usted la rectificación de este suelto.

—¿Sí?... Pues mire usted: le dice a ese señor que no rectifico, que me deje en paz y que lo escrito por mí... así se queda.

—¿Usted rectifica?

—¡Y dale!... ¡¡Que nooo!!...

—Entonces es preciso que se batan ustedes.

—¿Batirnos?

—Indispensable. O rectificar.

—Pues bien, nos batiremos, con ametralladora si quiere, pero váyase pronto ¡y déjeme que duerma!

Cuarenta y ocho horas después.

A las diez de la mañana interrumpo la lectura de esta última novela de Guido da Verona titulada «Las uvas que vamos a coger en la vendimia próxima, niña Isabel».

Termino de desnudarme para desplomar mi cuerpo rendido sobre la cama.

Llaman con los nudillos en la puerta de mi alcoba.

—¿Quién es?

—Yo.

—Y usted ¿quién es?

—El de ayer, el enviado de don Mengano...

—¿Otra vez?...

Pienso que ahora son los padrinos para el provocado duelo los que llegan Abro... pero entra solo el de «todos los días».

—¿Y el otro? —interrogo.

—¿Cuál?

—El otro padrino.

—No, verá usted... Don Mengano, aunque teme que usted busque el duelo como una plataforma...

—¡Eso es una insolencia! —exclamo indignado y sujetándome los calzoncillos que, como he adelgazado durante el verano, se me han quedado un poco anchos.

—No, no... Quise decir... ¿Usted tiene un hermano que es marmolista?

Yo, atónito ante aquella «salida».

—Sí, señor.

El otro, muy alegre.

—¡Ya lo decía! Esto «de Tal» es hermano del otro «de Tal», de mi amigo. Porque yo soy amigo de su hermano.

—¿Ah, sí? Pues bueno.

—Y yo ¿cómo voy a consentir que se celebre un duelo entre mi amigo Mengano y don Fulano, tan amable, tan... tan... tan hermano de mi amigo Zutano de Tal.

El asombro no me permite pronunciar palabra. El otro prosigue:

—Porque usted, al decir en el suelto famoso que Mengano es idiota no quiso ofenderle.

—Hombre, ofenderle... —acierto a replicar— Llamarle eso: idiota.

—Pues ya me basta. No necesito más aclaraciones. Muchas gracias... ¡Ah! Y perdone que le haya interrumpido el sueño.

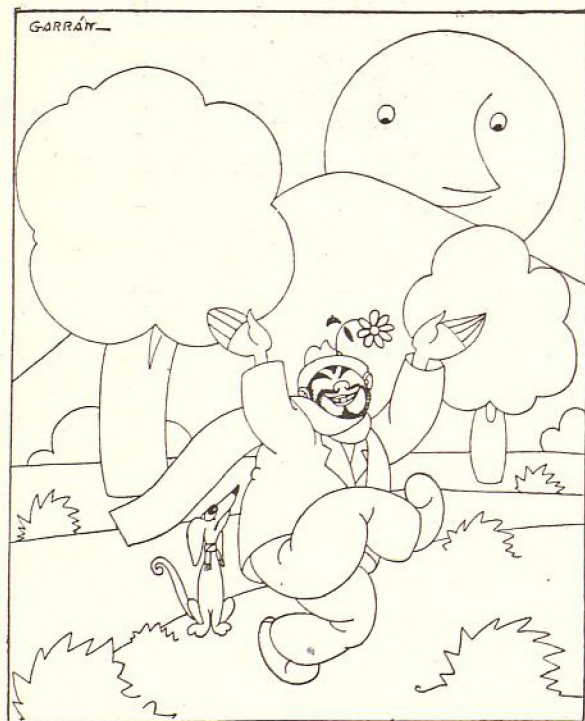
Se va dejándome absorto, como idiota yo mismo, además de Mengano, y por fin rompo a reír, a reír, tanto, tan aterrado de la magnitud del ridículo que es capaz de afrontar un miedoso, que acabo por llorar riendo...

Lector: Necesito descargar de un peso mi conciencia. He cometido una acción lamentable. Me encontré en el saloncillo de un teatro con Mengano. Este se acercó hasta mí, me estrechó las manos, me colmó de elogios, me llamó «cerebro privilegiado», me convidó a comer...

Estoy anonadado, lector. Casi inconscientemente me ví impelido a escribir un artículo... que hoy acaba de aparecer... Y por no saber qué piropo dedicarle a... a «ese»... le llamo... ¡le llamo dramaturgo ingenioso!...

.....
No lo volveré a hacer.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



Dib.
GARRÁN
Madrid.

—¡Oh, qué feliz soy!
¡Desde que sé que me quiere no se me va la Margarita de la cabeza!...



Dib. ARISTO TÉLLEZ - Madrid.

—Muy bien, Juanito; uno más uno, más uno, más uno, más uno, igual cinco. ¿Y por qué?

—¡Porque no tenemos más dedos en la mano!

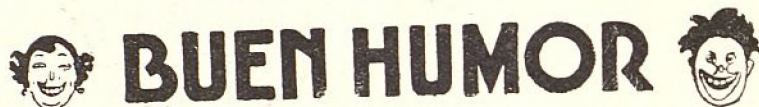
NO LES QUEREMOS DECIR A USTEDES

¡LA REGOCIJADA ESTUPENDEZ!

QUE VA A SER NUESTRO PRÓXIMO

NUMERO ALMANAQUE

Y NO LES QUEREMOS DECIR TAMPOCO LA SERIE INFINITA DE COSAS CHUSQUÍSIMAS QUE SE NOS HAN OCURRIDO A NOSOTROS SOLOS PARA SOLAZ DE LOS LECTORES DE



QUE COMPREN POR EL RISIBLE Y DESPRECIABLE PRECIO DE

UNA PESETA

EL NÚMERO ALMANAQUE DE «BUEN HUMOR» DE 1926



DEL BUEN HUMOR

AJENO



LOS LADRONES

(CUENTO PURO)

por **ARKADY AVERCHENKO**

Estando yo de visita en casa de Krasavin, y entregado a los goces de una amena charla, entró la criada y me dijo:

—Le llaman a usted por teléfono.

La miré asombrado.

—¿A mí? ¡No es posible! No le he dicho a nadie que venía aquí...

—Sin embargo, le llaman a usted.

Me encogí de hombros y seguí a la criada al recibidor, donde estaba instalado el teléfono.

Descolgué el auricular, y lleno de curiosidad apliqué el oído.

—¿Con quien hablo?

—Con Chebakov. Oye: estamos en el *cabaret* Alhambra. Sólo faltas tú. Ven en seguida.

Yo contesté:

—No puedo. Tengo que terminar un

trabajo urgente. ¿Cómo es que, no habiendo nadie en mi casa, pues la criada se ha ido a pasar el día con sus padres, sabes que estoy en casa de Krasavin? ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Vamos, no bromees! Acabo de telefonar a tu casa y me han contestado que estabas ahí.

—O yo me he vuelto loco, o quien bromea eres tú. Mi piso está cerrado con llave, y la llave la tengo yo en el bolsillo. ¿Quién puede haberte contestado?

—No sé. Una voz masculina desconocida me ha dicho: «Debe de estar en casa de Krasavin.» El que me ha hablado no parecía muy dispuesto a continuar la conversación, porque se ha apresurado a colgar el auricular. Yo

he supuesto que sería algún pariente tuyo.

—¡Chico, me dejas turulato! Me voy en seguida a casa. Dentro de veinte minutos sabré de qué se trata.

—Pero ¿para qué esperar tanto?

—replicó Chebakov, a quien aquel misterio, según se advertía en su acento, empezaba a interesarle—. Telefona a tu casa, y saldrás de dudas en seguida.

—¡Tienes razón!

Colgué el auricular y volví a descolgarlo. Mis manos temblaban de impaciencia.

—¿Central?... 223-20.

—¿Otra vez? ¿Quién es?—preguntó, momentos después, una voz desapa- cible.

—¿Es el 225-20?
—¡Sí, sí, sí! ¿Qué quiere usted?
—¿Y usted quién es?—grité furioso al par que intrigado.

Mi misterioso interlocutor pareció vacilar.

—El amo de la casa—contestó, al cabo, con voz insegura—ha salido.

—¡Vaya una noticia!—vociferé—. Ya sé que *he* salido! ¡Porque el amo de la casa soy yo!... ¿Quién es usted y qué hace ahí?

—Espere un momento... No estoy yo solo. Voy a llamar a mi compañero... Gricha, ven; a ver si te entiendes con este señor.

Alguien respondió cerca del aparato, con colérico acento:

—¡Qué pesadez, Dios mío! ¡No le dejan a uno trabajar!

Y añadió, por teléfono:

—¿Quién es? ¡No hacen más que llamar! ¿Qué quiere usted?

—¿Qué hace usted en mi piso?—rugí.

—¡Ah! ¿Es usted el amo de la casa? ¡No sabe usted lo que me alegro!

—¿Cómo?

—Tendrá usted la bondad de decirnos dónde están las llaves de su escritorio, ¿verdad? Llevamos un gran rato buscándolas...

—¿Pero qué dice usted?

—¡Que estamos volviéndonos locos buscando las llaves de su escritorio!

—¿Para qué?

—Para no vernos obligados a des-cerrajar los once cajones; lo cual, además de ser muy molesto, sería una lástima, pues el escritorio es magnífico. Lo menos le habrá costado a usted doscientos rublos. ¿Qué necesidad hay de destrozar un mueble así?

A medida que hablaba, con voz a cada instante más firme y tranquila, mi nuevo interlocutor, yo iba arrebatándome, poniéndome fuera de mí.

—¡Ah, canallas!—grité—. ¿Han penetrado ustedes en mi piso para robarme? ¡Espérense! ¡Allá voy! ¡No tardará en caer sobre ustedes el peso de la ley!

—Sus amenazas, caballero, no nos asustan—respondió la misma voz, serena, persuasiva—. Antes de que llegase usted tendríamos tiempo de sobra para huir. No conseguiría usted nada viniendo. Lo mejor sería que nos dijese dónde están las llaves del escritorio.

—¡Ladrones! ¡Bandidos! ¡Bergantes! ¡Graranujas! ¡Debían ustedes estar ahorcados hace tiempo! ¡Pero no tardarán en tener su merecido, canallas!

—¡Qué tontería, caballero! ¡No se ponga así! Sea razonable. Nosotros le hablamos tranquilamente, sin arrebatarnos. En vez de estropear el escritorio, descerrajando los cajones, le preguntamos a usted dónde están las llaves. Debía usted agradecerarnos y no emplear esas expresiones groseras.

—No puedo hablar de otra manera

con sinvergüenzas como ustedes...

—¡Mida usted sus palabras! No contestaremos a sus injurias; pero las castigaremos, si no se reporta, destrozando con un cortaplumas la tapicería de los sillones y del sofá, y dejaremos en un estado lamentable el escritorio y la biblioteca. ¡Figúrese usted qué bonito quedará su despacho! Nada de esto le sucederá si nos trata con cortesía.

—¡Tiene gracia!—dije yo, en tono conciliador—. Póngase usted en mi lugar. ¡Penetran ustedes en mi piso, me arruinan, y aun pretenden que les trate como a unos hidalgos!

—¡Pero si nadie le arruina a usted! Aunque nos llevemos algo, ¿qué importancia tiene eso para usted? A nosotros, en cambio, no nos sacará de pobres, pero nos ayudará a vivir.

—Me hago cargo—repuse con una voz alterada por la enoción, que yo estaba seguro de que había de conmoverles profundamente—. Lo que no acierto a comprender es el provecho que les reportará a ustedes el estropearle los muebles.

—Ninguno; pero no podemos tolerar sus insultos.

—Bueno; no les insultaré más. Veo que son ustedes hombres inteligentes,

razonables. Incluso reconozco que tienen derecho a cierta indemnización por el trabajo que, sin duda, les habrá costado entrar en mi casa. Habrán ustedes invertido algunos días en los preparativos; habrán tenido que estudiar mis costumbres, vigilar mis salidas, etcétera, etc.

—¡Ya lo creo! No es tan sencillo como se figura la gente...

—Lo comprendo, amigos míos, lo comprendo. Lo que no me explico es para qué necesitan ustedes las llaves del escritorio.

—Podía usted suponerlo.

—Pues nada, confieso...

—¡Para buscar el dinero, caramba!

—¡Ah, ustedes se figuran que está en uno de los cajones!

—¡Claro!

—Pues están ustedes en el mayor de los errores.

—¿Se burla usted?

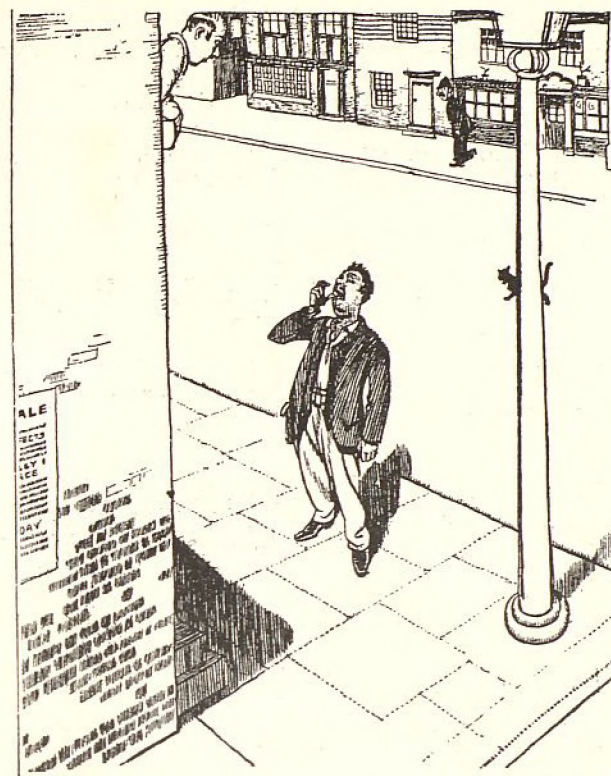
—No; les hablo con el corazón en la mano.

—Entonces, ¿dónde está el dinero?

—Debo advertirles que tengo muy poco y que, además, está muy bien escondido... Díganme francamente cuáles son sus aspiraciones.

—¿Cómo?

—¿Qué piensan ustedes llevarse con



(De The Humorist. Londres)

—¡Eh, doctor! ¡El niño de don Juan que se ha tragado un ratón!
—¡Inmediatamente que se trague un gato!!

—sigo... de lo que me pertenece? No tendrán ustedes queja de mi lenguaje, ¿verdad?

—No, señor, no. En otros términos: quiere usted saber lo que pensamos robar, ¿no es eso?

—Ha formulado usted muy bien mi pensamiento.

—Pues bien, tranquilícese usted; no pensamos robarle gran cosa. Como comprenderá usted, no podemos llevarnos objetos muy voluminosos, pues nos expondríamos a despertar las sospechas del portero. He aquí lo que hemos elegido: un poco de plata labrada, un gabán, una gorra de pieles, un despertador, un pisapapeles de plata...

—No es de plata—advertí yo, amistosamente.

—Entonces lo dejaremos. En su lugar nos llevaremos la cigarrera. Es una verdadera obra de arte.

—Oigan, amigos míos: comprendo su situación y me pongo en su lugar. Han tenido ustedes la suerte de poder penetrar en mi casa. Supongamos que su empresa termina tan felizmente como ha comenzado. Supongamos que el portero no les ve, o, si les ve, no recela nada de ustedes. ¿Y después? Naturalmente, llevarán ustedes los efectos elegidos a casa de cualquier indecente comprador de objetos robados, que les dará por ellos una miseria. ¡Conozco a esa gentuza! Ustedes arriesgan su libertad y, no pocas veces, su vida, mientras que esos señores no arriesgan nada y participan del botín siendo siempre su parte la parte del león.

—¡Es verdad!—suspiró mi interlocutor.

—¡Vaya que es verdad! Siempre ocurre así bajo el régimen capitalista: el capital explota al trabajo. En realidad, quienes roban no son ustedes, sino ellos. ¿Acaso son ustedes peligrosos para la sociedad? ¡Nada de eso! Quienes lo son son esos explotadores, esos vampiros, que constituyen el principal azote de la vida contemporánea. Compañero, querido amigo, le hablo con entera sinceridad: yo, por varias razones que no es del caso enumerar, aprecio mucho esos objetos, mientras que ustedes los venderán, y ¿qué sacarán de ellos? ¡Casi nada! No creo que les den ni cincuenta rublos...

—¿Cincuenta? Si nos dieran veinticinco podíamos decir que habíamos hecho una gran venta.

—¿Ve usted? Acabaremos por entendernos, queridos amigos. Tengo dinero en el despacho, no lo niego. Poca cosa, como les he dicho: ciento quince rublos. Sin mis indicaciones no los encontrarán ustedes. Si nos ponemos de acuerdo, les diré dónde están. Podrán ustedes llevarse cien; los quince restantes me los dejarán para los gastos urgentes. Una vez en su poder los cien rublos, se retirarán, sin llevarse los efectos. Les doy mi pala-

bra de honor de no denunciarles a la Policía. Consideraré todo esto un negocio puramente privado, un negocio entre camaradas, que a nadie, fuera de nosotros, le interesa. ¿Aceptan ustedes?

—Sí; pero...

—Mi interlocutor pareció titubear.

—Pero ¿qué?

—La plata labrada la hemos empaquetado ya.

—No importa; déjenla empaquetada.

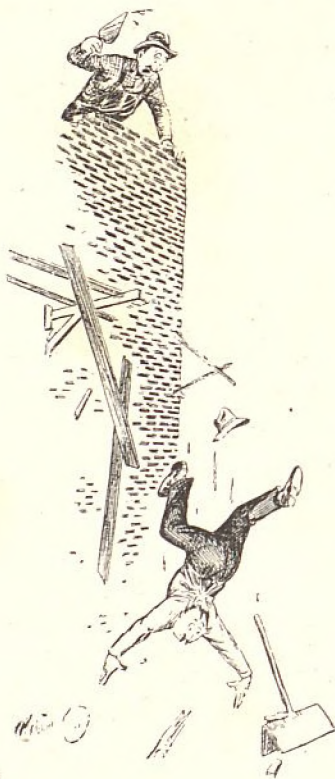
Nueva pausa.

—¿Y no teme usted que nos llevemos el dinero y los efectos? ¿Tanta confianza le inspiramos?

—¡Ah, queridos amigos! Estoy seguro de que no harán ustedes esc. No son ustedes unos bestias. Y tengo la convicción de que, en el fondo, hasta son unas buenas personas.

—Sí; pero... la maldita vida que llevamos, este pícaro oficio... ¿Comprende usted?

.....



(De London Opinion, Londres.)

—¡Bueno, no seas idiota! ¡No necesito más ladrillos, tengo ya bastantes!

—¿No he de comprender? Y les compadezco a ustedes de todo corazón. Si yo pudiera hacer algo por ustedes... Pero volvamos a nuestro asunto. Tengo plena confianza en su honradez. Si me dan su palabra de honor de no llevarse los efectos, les diré dónde está el dinero; pero a condición, ya lo saben, de que me dejen quince rublos: los necesito. ¿De acuerdo?

El ladrón, esforzándose en contener la risa, contestó:

—De acuerdo. Le prometemos dejarle los quince rublos.

—¿Y no llevarse los efectos?

—También se lo prometemos.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor..

—Muy bien. Gracias. Ahora, escuche usted: encima del escritorio hay una caja de sobres azul. En el fondo de esa caja, debajo de los sobres, está el dinero. Cuatro billetes de veinticinco rublos y tres de cinco. Confíese usted que nunca se les hubiera ocurrido buscar el dinero ahí.

—Lo confieso.

—Al irse, tengan la bondad de apagar la luz.

—Descuide usted.

—¿Han entrado ustedes por la escalera de servicio?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues al salir hagan el favor de cerrar con llave, para que no puedan entrar ladrones.

—Descuide usted.

—¡Ah, otra cosa! Si se encuentran con el portero, díganle que han ido a llevarme unas pruebas de imprenta. Como me las llevan con frecuencia, el portero no se escamará. ¡Adiós, y buena suerte!

—Gracias. ¿Dónde dejamos el llavín?

—Debajo del felpudo. ¿El despertador no se ha parado?

—No, señor.

—Muy bien. ¡Buenas noches, amigos míos!

...

Cuando volví a casa, encontré sobre la mesa del comedor un envoltorio, tres billetes de cinco rublos y una cartita concebida en los siguientes términos:

«El despertador está en la alcoba. Dígale a la criada que cuide mejor la ropa: el cuello del gabán está apollillado. No olvide usted que nos ha prometido no denunciarnos. Gricha y Sergio.

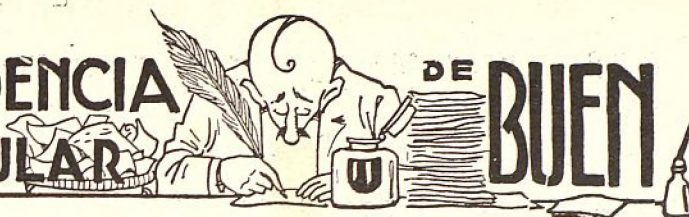
...

Al oír esta historia, mis amigos declararon unánimemente que yo sé arreglármelas muy bien en las circunstancias más difíciles.

Quizá tengan razón.

P. T. T.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Señores dibujantes cuya empedernida maldad les ha hecho caer en el cavernoso cesto.—Los infortunados ciudadanos que figuran en la patética lista siguiente: Garroín (de Vigo); Sergio (de Valdepeñas); Saloba (de Zaragoza); Rabat (de Ceuta); Muñoz (de Albacete); Tolo (de Valencia); C. Rosich (de Melilla); Juan García (de Bilbao); Enrique Gil (del Puente de Vallecás); L. B. H. (de Málaga); Xantipas, Vez, Favila, A. Povedano, José Gómez (los cinco de Madrid); Lulito, Cayón, Ventura Hermanos, Aymer, Pilato, G. Tugores, Gally, Prometeo, Antonio Vizco (los nueve de Barcelona); Jeremías (de Soria); Navarrini (de Pamplona); Andrade-López (de Coruña); El Pernal (de Sevilla); Murillón (de Valladolid); Rastacuero, Campón II, Isaurita, P. Romero (los cuatro de Granada); Isabel (de Alicante); Molas (de Tarragona); K. Fé (de Almedralejo); El Terror de las Doncellas (de Cádiz, y que sea enhorabuena por ese espanto que siembra por allí); Antojadizo (de Victoria); M. Plá (de Burgos), y Gazo, Varela Pol, Don Lamberto, Pololito, Ansorena, E. Ramírez,

PERFUMERIA PARERA

Varon Dandy

LOCION-EXTRACTO
AGUA COLONIA
RHUM QUINÁ

Para Caballero

Verl enero, Payo, Gallínez y Salvador Escalona (los diez de procedencia que no consta en el envío).

Para que resalte del diente el esmalte, una cosa basta:
Adquirir de Orive, y que nunca falte
Dentífrica Pasta.

Edvar. Madrid.—Sus dos artículos son de un humorismo más fúnebre que lo que conviene para no renegar de la vida. Aquí, en BUEN HUMOR, o hay que reírse o hay que perecer. ¡Usted no nos ha hecho reír y ha perecido! ¡Descanse en paz!

¡Niños!!

Admirar la magnífica exposición que presenta en juguetes para Reyes

"MARCIANO" Montero, 41
T.º 44-93 M.

P. T. Madrid.—Queda admitido su ¡Goal!

A. Galdacano. Madrid.—Corto y soso. ¡Así, corto y claro!

J. de la O. Sevilla.—No sirve.

J. M. C. Bilbao.—Eso es una cosa de escasisima importancia y enjundia. Algo así como la cuenta de la lavandera, que sólo le interesa el cliente que la paga.

Cateto. Valencia.—Mi capitán: lo que nos envía es muy corto y no muy transcendental que digamos. ¿Nos perdonará usted si cometamos la incorrección de no publicarlo?... Y esto no quiere decir que no creamos que pueda usted aceriarse en otras cosas. ¡Duro puey y ataque a fondo, que aquí le esperamos con el terror que merece todo enemigo esforzado y decidido!

¡¡¡PARA BODAS!!!

SEGURA
FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

Amigó. Perpiñán.—

Querido amigo Amigó:
una dda me estremece...
¿Usté es bruto o lo parece?
¡Dígame si sí o si no!...

D. Sánchez. Madrid.—Las dos ocurrencias son más viejas que el traje que llevaba yo puesto el día de la coronación de Alfonso XIII, que no creo será necesario decir que es

el mismo que en este momento cubre mis carnes (hasta cierto punto).

Torens. Madrid.—Le falta a usted para ser un literato, todo lo que le sobra de zulú, de congolés, de beocio y de cochino. ¡Usted es de los que poseen mucha riqueza, pero muy mal repartida! ¿Está entendido?

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

Tomás Lanuza Vázquez.—

¡Pero que cosa tan rara es eso de la Tarara!
¡Hay que ver lo que Lanuza se saca de la cabuza!

CUPÓN

correspondiente al núm. 210 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿Sabes lo que hizo el tío Quico cuando le dije que se estaba quemando el río?

—Creerlo.

—No; dudarlo.

Pequeñaco.—Valladolid.

¿Por qué los borrachos resultan competidores de la Casa Ford?

Porque la Casa Ford hace los automóviles del mismo nombre y los borrachos hacen... Essex.

Calymene.—Madrid.

Entre amigos.

—Chico, he tomado el pelo a la Compañía de M. Z. A. de una manera colosal.

—¿Sí? ¿Y como ha sido eso?

—Pues muy sencillo, he tomado un billete de ida y vuelta para Barcelona y he ido en el tren pero... ¡Ja, ja! He vuelto en automóvil.

—¡.....!

Mister Waya-Ways.



Un pa'eto que se ve en la capital vestido de soldado y sin saber lo que le pasa, encuentra a un capitán, al cual no hace caso.

Este le llama y le pregunta:

—¿Por qué no me ha saludado?

—Pues ... ¡Porque no le conozco!

A. C. y T.—Barcelona.

Dos aprendizas se encuentran en la Puerta del Sol:

—Luisa ¿me acompañas?

—No puedo; es tarde y voy a entregar; acompáñame tú que voy a Progreso.

—Hoy tengo prisa; se nos ha terminado el hilo y voy por carretes.

—Y yo por Carretas.

Rosa Leda.—Madrid.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Por qué lloras, Gedeonclito?

—Porque a mi hermano le han dado las vacaciones y a mí, no.

—¡Caramba, qué picardía! ¿Y por qué no te han dado a ti las vacaciones?

—¡Toma! Pues porque no voy todavía a la escuela.

Masto.—Madrid.

¿Le gusta oler bien?

Compre sus perfumes en
"Lillo".—Fuencarral, 62
A la presentación anuncio, 5% de descuento

—¿En qué se parece una plaza de toros en un día de corrida a una casa en construcción?

—En que en la plaza de toros tra-

bajan peones de brega y en la casa en construcción peones de albañil.

Un guipuzcoano.—Madrid.

DIEZ GALLO

Para Navidad, centas adornadas, turrones, mazapanes, vinos, licores y toda clase de arisculos de Navidad. Fábrica de chocolates, bombones y caramelos. Cafés tostados diariamente.
COSTANILLA DE LOS ANGELES, 15 Piza St.º Domingo
Teléfono 13-52 M

A la puerta de la plaza.

Una pobre mujer. —Lléveme usted el programa, señorito; para pan «pa» mis hijos.

Un señor. —Veamos: ¿Cuántos hijos tiene usted?

La pobre. —Cuatro, señor. Estos dos son de mi difunto marido, naturales. ¿Sabe usted?

hazna con uno de rodillas, dos naturales y uno de pecho!

Tele.—Madrid.

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO

os asombrará en breve plazo

—¿Te has enterado? El futurible «as» de la torería, Juan Soler, «Relicario», se va a meter de jefe de claqué en un teatro.

—Hace bien; así se entrenará dan-

Aparatos fotográficos Gramófonos Objetos para regalo Jiménez: Preciados, 60

do pases a sus subordinados. Pero, no será un torero completo, hasta que haya cumplido el servicio militar.

—¿Por qué?

—Porque le falta practicarse en el uso del capote.

R. Ruiz.

¡Soldado! si te acatarras no podrás gritar ¿quién vive?; pero puedes remediarlo tomando jarabe ORIVE.

En un puesto de periódicos:
El comprador. (Que es modisto). —¿Tiene usted Mujer?

—No, señor.

—¡Ah! Pues entonces tendrá usted BUEN HUMOR.

Una cincuenta.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN Provisiones, 12.

"BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes
"Los Ceas" Alberto Agullera, 29
Teléf. 11-59 J. J.

El señor. —Ya lo veo, ya. ¿Y cómo no se ha vuelto usted a casar?

La pobre. —Yo, sí quería, pero el padre de este chiquitín, cuando se enteró que tenía otros tres hijos, me hizo una mala faena.

El señor. —(Contemplando los niños). ¡Canalla! ¡Hacer una mala

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5.20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 10 40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6.20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 12.40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|----------------|-----------|
| Trimestre..... | 9 pesetas |
| Semestre..... | 16 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|--|-------------|
| Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856 | |
| Semestre..... | \$ 6 50 |
| Año..... | \$ 12 |
| Número suelto..... | 25 centavos |

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. ELÍAS.—Madrid.

IDEAL

- A mí me gusta Ricardo, que aunque es feucho es muy inteligente.
—Pues yo prefiero a Toñín, que además de ser guapísimo es completamente idiota.